

Del héroe vencedor; pues sin Kerima
Fuera una tumba de su triunfo el trono,
Y la estirpe de Lara el exterminio
Hallara de su honor en el recobro.

Más que las medicinas, la asistencia
De la pérdida mora al noble moro
Restablecieron, y en salud robusta
Fué su pecho un volcan de amor dichoso;

Y Kerima cual nunca de su ardiente
Pasion en el sublime y dulce arrobó,
Para adorar á su amador triunfante
Tiene alma, corazón y vida sólo;

Tal que los bosques frígidos de Arlanza,
A los templados apacibles sotos
No tienen que envidiar del Bétis claro,
De amor tan dulce y tan vehemente el solio.



Entre los pinos y peladas peñas,
Nieves esquivas y torrentes roncós,
Lo mismo arde su llama, que entre flores,
Riscos, verdura y plácidos arroyos;

Pero un carácter nuevo de Mudarra
Y de Kerima la pasión (forzoso
Decirlo es) tiene ya. Nuestros afectos,
Y el del amor aún mucho más que todos,

Trasplantados, muy luego degeneran:
Son de tiempo y lugar: el sello pronto
Admiten de las nuevas circunstancias,
Y de cuantos objetos ven en torno.

Kerima y el Expósito en Castilla
Se aman, se adoran; aunque no del modo
Que se amaban en Córdoba... y ¿acaso
Son las mismas personas uno y otro?

Dónde se amaron más, dónde sus almas
Gozaron más instantes deliciosos,
Dónde de la pasión el alto vuelo
Descubrió más encantos y tesoros;

No me atrevo á decir. Allá en el Bétis
El cielo y tierra con sañudo rostro
Miraba su ternura: sobresaltos,
Contrariedades, despechado lloro,

Y un porvenir cerrado á la esperanza
Pábulo de su amor eran tan sólo.
En Salas el común consentimiento,
La admiración y el interés de todos,

La gratitud y aprobación de un padre,
Y la seguridad de ver sus votos
Con aplaudido enlace coronados,
Su amor alimentaban venturoso.

Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
En la alta cumbre de la dicha y gozo,
Restablecido en honra y poderío,
Y con un heredero tan heróico,

Premiar resuelve la piedad y esfuerzo
Del hijo amado á quien lo debe todo
Con la mano de aquella, á quien le debe
Verlo de muerte prematura en cobro;

Y con la aprobación del alto Conde
Y de toda Castilla el matrimonio
Y el bautismo solemnes, en un día,
De los amantes decretó amoroso.

A prepararse á entrambos sacramentos,
Y á instruirse en la fe santa, los dos novios
Se iban á consagrar; y Gustios Lara
Quiso ántes celebrar el glorioso

Triunfo de su inocencia en un convite,
En donde fué admitido el pueblo tosco,
A que asistió también Fernán-González,
Y do reinó entusiasmo y alborozo,

Pura cordialidad, paz y alegría,
Sin ocurrir el sinsabor más corto;
Aunque muchas tinajas se agotaron,
Y aunque no anduvo el podenquero sobrio.

En tal contento universal, Mudarra
Fué el que angustiado demostró solo:
A la siguiente luz tornar debía
Su amable director, su amigo docto,

Zaide el bueno, á su patria, y este golpe
Para su corazón era espantoso.
Sí, á la primera luz de la mañana,
En el gran patio del castillo, prontos

Los caballos de Zaide y de su escolta
Fogosos relinchaban, y los moros
De su séquito ataban el bagaje
De fuertes mulos en los altos lomos,

Ayudándoles pajes y escuderos;
Mientras llenos de lágrimas los rostros,
El ciego Lara, Nuño, Egidio abrazan
Al querido viajero; y con sollozos

La voz ahogada, exigente promesas
De aún á Salas volver. Mudarra, á todos
Excediendo en dolor, deshecho en llanto,
Le encargó de las flores y el adorno

Del sepulcro adorado de su madre;
Y de su gratitud en testimonio,
De lengua carta, en que á Almanzor, su tío,
Cuenta exacta y prolija da de todo.

Entre las bendiciones y los vivos
De Castilla y de Salas, tierno lloro
Derramando también, se puso en marcha
El venerable Zaide: dos palomos

Llevándose consigo, que debían
Traer el primer aviso presurosos,
De su llegada á Córdoba, correos
De que usaban los árabes y moros.

—Quedó Mudarra cual la frágil hiedra,
Cuando fiera segur le roba el olmo,
En cuyo seno dilató sus ramas,
Y que le dió para elevarse apoyo.

Ni aún logró dulce llanto, por consuelo,
Derramar en los montes y en los sotos,
De su tierna Kerima acompañado;
Pues en el mismo día separólos

La obligación precisa de aprestarse
A recibir la fe. Dentro en su propio
Palacio, en aposento retirado,
Bajo la dirección de un monje docto,

Encerróse Mudarra. Su Kerima
A un santo monasterio del contorno,
Del cual una parienta de los Laras
Era abadesa, retiróse, sólo

Acompañada de la fiel María,
La que su esclava fué, y ahora es su todo,
Y cuyo ciego fanatismo ejerce
Un dominio sobre ella poderoso.

En la iglesia de Salas por entonces
Se concluyó el sepulcro ó mausoleo,
En aquel siglo bárbaro un portentoso,
De rico mármol y trabajo tosco,

Mandado fabricar por Gustios Lara,
Para enterrar los míseros despojos
De sus hijos, las siete calaveras
Que trajo Zaide como don precioso.

La primorosa caja de ataujía,
Donde vinieron del país remoto,
Fué al punto colocada por el padre,
Con triste pompa y señorial decoro,

En la antigua capilla del palacio
Sobre un túmulo excelso provisorio;
En tanto que el sepulcro se labraba,
Y hasta que restaurado del oprobio,

En que el traidor Velázquez le tenía,
Pudiera celebrarles un pomposo
Funeral, y esculpir sobre sus losas
Timbres limpios de infamia, y letras de oro.

Restablecido pues en su honra antigua,
Y terminado el monumento, ornólo
De los blasones de su ilustre alcurnia,
Con la nueva cimera y raro adorno

Dado á sus armas por el alto Conde,
De su restauracion en testimonio:
Que eran, un roto círculo anudando,
Dos personajes, castellano y moro.

Fué el funeral magnífico en extremo,
Quedando de él la fama en los contornos,
Y que refieren rancios pergaminos,
Hoy pasto de polilla, y casi polvo.

Escoltada de hidalgos y guerreros,
De cuatro Ricos-homes en los hombros,
Y de escuderos, pajes y alabardas
Con acompañamiento numeroso,

Fué la caja de cedro y ataujía
Conducida á la iglesia, donde el coro
De capellanes la recibe, y pone
Sobre un túmulo rico. Bullicioso

Pueblo de Salas ocupaba el templo,
Y muchos forasteros del contorno,
Que acudieron á honrar los funerales
De aquellos siete mártires gloriosos.

Al terminarse la solemne misa,
Oficio de difuntos y responsos,
El Arcipreste al púlpito subiendo,
Hizo de los Infantes el elogio

En un sermón patético, sublime,
Lleno de erudicion, y nada corto,
Con oportunas citas exornado
De la santa Escritura, en que era docto;

Y con el sacristan y Nuño luégo
Se acercó á cerciorarse por sí propio,
De que en la caja estaban las cabezas,
Y dar de ello al concurso testimonio.

Abrióla pues, hallóla compartida
En siete divisiones, de acomodo
Sirviendo cada cual á una cabeza,
Ya blanca calavera y cráneo mondo,

Y al lado de ella escrito el nombre suyo,
En una tarja de delgado plomo.
Una por una el sacristan mostrólas
A la gran multitud, que con asombro

Clavó en aquellos restos venerandos
Con gran silencio los abiertos ojos,
Oyendo pronunciar al Arcipreste
Los no olvidados nombres. Del más mozo,

Del más gallardo de los siete Infantes
Fué la última cabeza, que al absorto
Pueblo se presentó; y al tiempo mismo
De sonar de *Gonzalo* el nombre, un hondo

Horrisono gemido por las cimbras
Del templo resonó, con grande asombro
Del inmenso concurso, que á la parte
Donde se oyó, se agolpa presuroso;

Y ven en tierra á la baldada Elvida,
A la vieja caduca, ya despojo
Helado de la muerte. En aquel punto
Todas las ilusiones, que el apoyo

Fueran de su existir, desaparecieron,
Como la llama de la luz á un soplo,
Y cayó, cual, si faltan los puntales,
El viejo muro que perdió el aplomo.

Concluye el funeral de los Infantes,
Colocando en el rico mauseolo
La caja en que sus restos aún subsisten (36);
Y al pié de él abren en la tierra un hoyo,

Do los de la nodriza de Gonzalo
Aún yacen en olvido y en reposo;
Y el que, como buen hijo, Vasco Perez,
Muchos años regó con tierno lloro.

Referir que el castillo de los Laras,
Que estuvo tanto tiempo en abandono,
De adulaciones cortesananas era
Ya y de bajeza miserable emporio;

Y que los mismos que al traidor Velazquez
Solícitos cercaban, alto encomio
A sus virtudes dando, ahora aplaudian
Y cercaban á Gustios poderoso;

Y que aún aquellos que tuvieron parte
En su justa sentencia, más orondos
De ser sus partidarios blasonaban,
Maldiciendo al vencido con encono;

No es necesario: sin que yo lo apunte
Muy bien imaginarlo pueden todos,
Pues el décimo siglo eran los hombres
Lo que en el siglo son décimonono.

—Volvamos pues á nuestros dos amantes,
A quien el cielo por tan raros modos
Trajo á abrazar el santo cristianismo
Y á unirse en insoluble matrimonio.

De reclusion dos meses completaron,
Y examinados por varones doctos,
Halláronlos dispuestos dignamente,
Y á recibir el agua santa idóneos.

A Burgos fueron conducidos ambos,
Do el bautismo y ansiado desposorio
En la gran catedral se dispusieron
Con régia pompa y público alborozo.

Del invierno aterido triunfadora,
Sus galas ostentando y sus adornos,
Reinaba la apacible primavera;
En llanos y montañas el favonio

Agitaba encendidas amapolas,
Dulces tomillos y gallardos olmos;
Entre verdura y matizadas flores
Se deslizaban plácidos arroyos,

Que ántes fueran carámbanos inmóviles,
Y fundidos despues; torrentes roncós;
Cuando de mayo al ilustrar la aurora
Cumbres azules y celajes rojos,

De las huecas campanas el estruendo,
Que retumbando por los valles hondos,
Una bóveda inmensa de zafiro
Llenaba toda con sus ecos sordos;

En la alta torre pregonó de Burgos
Ser ya llegado el día venturoso,
En que iban á ganarse para el cielo
Dos almas rescatadas del demonio.

Confusas tropas de curiosa gente,
A caballo, y á pié, y en carros toscos,
Se ven llegar á la ciudad, alzando
Por sendas y caminos blanco polvo;



Y no sólo familias castellanas
De las villas y pueblos del contorno,
Sino de las provincias más distantes
Y también de los reinos más remotos.

De Burgos en las calles y en las plazas
Crece el bullicio popular; en torno
Del alcázar del Conde y de la iglesia;
A las plazas se agolpa; y acomodo,

O para ver pasar la comitiva,
O ver la ceremonia, buscan sólo.
La carrera dispuesta de antemano,
Por las más anchas calles, á que adorno

Dan telas de colores diferentes,
Y ramajes de fresnos y de pobos,
Y á que sirven de alfombra, sobre arena,
Verde juncia, mastranzos olorosos;

Sólo está despejada, porque en ella
Desde el amanecer, con ceño torvo,
Espadas cortadoras y alabardas,
Altivez imponente y agrio tono,

Hombres de armas del conde de Castilla
Ponen al paso de la gente estorbo.
Pero en rejas, balcones y terrados,
Y en bocacalles, con estruendo sordo

Se apiña, y forma grupos, y racimos,
Y enjambres de cabezas y de rostros
De toda clase, edad, color y sexo,
Por ver pasar á los gallardos novios.

Derramando su fúlgido torrente
El sol inmenso, engendrador del oro,
Por el desierto espacio caminaba
A ocupar del zenit el alto trono;

Cuando el rumor creciente de las turbas,
General movimiento, gritos roncros
De los que la carrera custodiaban,
Y de las trompas el clamor sonoro

La salida anunciaron del alcázar
De los á un tiempo neófitos y esposos,
Que en medio de comparsa numerosa,
Al templo van á coronar sus votos.

Seis donceles gallardos de alta alcurnia,
Con limpias armas, en caballos tordos
Abren la comitiva, tremolando
Blancos pendones y penachos rojos.

Despues los escuderos y los pajes,
Gobernados por cuatro mayordomos
Con pértiga de plata, á pié seguian.
Con grave continente y serio rostro,

De dos en dos, marchaban veinte hidalgos,
Y doce caballeros de abolorio
Y solar conocido en la montaña,
Bandas blancas pendiendo de sus hombros.

En dos filas en pos, á lento paso,
Cantando *Hosanna* con berrido ronco,
Veinte monjes, las albas desceñidas,
Gruesa la panza, el cerviguillo gordo.

Luégo los capellanes y el concejo
De la villa de Salas, al sonoro
Compás del tamboril y de la gaita,
Con su estandarte, restaurado ha poco;

Y por fin los maceros de palacio,
Hombres de armas y guardias orgullosos
Circundan á los altos personajes,
Regios padrinos y gallardos novios,

Que ostentan en su porte la riqueza,
Extravagante gala y raro adorno,
Que edad tan miserable consentia
A la bárbara estirpe de los godos.

Iba Fernan-Gonzalez de padrino,
Robando el alma á sus vasallos todos,
Con el talle gentil y amable aspecto,
Nuncios felices de su nombre heróico:

La señora de Aranda por madrina,
Del Conde hermana y dueña de gran tono,
Y aunque ya no en la flor de la belleza,
De presencia gallarda y grato rostro;

Y en medio de los dos, del gran gentío
Encantando los pechos y los ojos,
Y fervorosos vivas recogiendo,
Van los dos catecúmenos y esposos.

Hace un año completo que en tal día,
En bien distinto estado el uno y otro,
Y en medio de un bullicio semejante
De Córdoba cruzar las calles, viólos

El sol á la hora misma, festejando
De Abdimelik y Habiba el desposorio.
¡Cuántos diversos lances de fortuna
Han visto en tan brevísimo periodo!

Mudarra sobre el traje castellano,
Que le sienta mejor que el traje moro,
De neófito la blanca veste lleva,
Con modesto ademan, turbado y corto.

A Kerima la túnica de lino,
Puesta con negligencia y abandono,
La virginal corona de azucenas
Y rosas blancas de su frente en torno;

Los nítidos cabellos derramados
En negras ondas por el cuello y hombros;
Y los ojos á veces cual luceros
Reverberando, ó cual ardientes hornos

Encendidos; á veces eclipsados,
Fijos, como sin luz; otras de asombro
Llenos girando en torno, y otras turbios
Con gruesas gotas de salobre lloro,

Y la gran palidez de sus mejillas,
Con la boca entreabierta, cierto modo
De andar y de mover brazos y cuello,
Y el tardo respirar cansado y hondo,

Le dan una apariencia tan extraña,
Tal indeciso y vago á sus contornos,
Que asemejaba cosa de otro mundo,
Aparicion ó sueño vaporoso.

No ha gozado salud dentro del claustro,
Y en él ha dado indicios, y no pocos,
De que aún estaba endeble su cabeza,
Y su imaginacion en desentono.

Accesos ha tenido de despecho
Y de alegría, de terror y arrojó,
Que una terrible lucha demostraban
De encontradas pasiones; pero pronto

En devocion tan honda y compungida,
En entusiasmo tal, en tal arrobó
Por las santas doctrinas terminaban,
Que de las religiosas fué el asombro,

Presagiando que á ser iba un prodigio
De santidad y de fervor devoto,
Un ejemplo sublime de los fieles,
Y de infieles tal vez norma y apóstol.

— De la novia hartó cerca va María,
El podenquero va cerca del novio:
En gran silencio aquella, este en voz baja
Diciendo chistes y poniendo apodos.

El noble Gustios, remozado y firme,
De contento bañado el ciego rostro,
Y conducido por el sabio Nuño,
Va en pos del hijo, á quien lo debe todo.

Lleva á su diestra al respetable Egidio,
De solitario con el sayo tosco,
Pues de no desnudarlo hasta la muerte
Hizo á los cielos inmutable voto.

Cuatro pajes por séquito de Lara,
Y cuatro rescatados de los moros
Por séquito de Egidio, y una escolta
La procesion cerraban; numeroso

Tropel siguiendo en pos desordenado,
Que crece á cada bocacalle, como
A cada paso crece el raudo río,
Recibiendo en su curso á los arroyos.

De la iglesia mayor la excelsa torre,
Poniendo á vuelo sus metales roncros,
Ensondece la atmósfera, y anuncia
Que ya á sus puertas tiene á los esposos.

Con sus pontificales vestiduras,
Y sacra mitra recamada de oro,
Báculo y cruz, y en derredor servido
Por prelados y abades del contorno

(Entre los cuales su lugar tenia
Nuestro buen conocido, el que el tesoro
Y villas de Velazquez ha heredado),
El Arzobispo con afable rostro

A los dos catecúmenos recibe
Del templo en el vestíbulo espacioso,
Cúbrelos con la estola, y les da entrada
En la casa de Dios; cantando el coro

De prestes y canónigos los himnos,
De aquel ceremonial entónces propios;
Y atravesando las oscuras naves,
Donde hierve concurso de curiosos,

Llegan al bautisterio. Cien antorchas
De la fuente de gracia arden en torno,
Y allí convierte el agua de la vida
Dos almas, que eran presa del demonio,

En ángeles, tan puros é inocentes
Como los que de Dios cercan el trono.
Al presbiterio luégo conducidos
Los dos nuevos cristianos, bajo el solio

Del Conde oyeron la solemne misa;
Y edificados se quedaron todos,
Al ver el interior recogimiento,
La santa compuncion y ardor devoto

Que mostraba Kerima. El Arcipreste
De Salas, ostentando el gran tesoro
De elocuencia y saber escriturario,
El sermón pronunció, que no fué corto.

Recibieron despues la Eucaristía
De la mano del preste los dos novios;
Y el Arzobispo procedió al momento
A celebrar su union y desposorio.